XIII

—¿Qué hacen ahora, José?—preguntó Nachette al criado que le quitaba el gabán.

—El canto acaba en este momento. Ha cantado aquella señorita que tiene voz de hombre. El señor Couturat dice que le cambiaron la voz estando en ama...

—¿Vino Couturat?

—Sí, señor; vinieron todos los señores... ¿El señor no se olvidará de mí?... Unas localidades para un teatro... Cualquiera... Todos me gustan...

—Las ofrezco á condición de que silbe la obra.

—¿Silbar... yendo con invitaciones?

—¡Imbécil!

Nachette y Demailly entraron en el salón dirigiéndose hacia la señora de la casa.

La señora Mardonnet había cumplido cuarenta, pero no confesaba más que treinta y nueve años, conservando como recuerdo de su juventud su magnífico descote y su hermoso cabello rubio. Todo lo demás había desaparecido bajo una gordura implacable que la madurez desbordó y que apenas el corsé podía sujetar. Su cuerpo era como una ciudad enterrada; sin orientarse, nadie adivinaría el sitio de la cintura.

Subían á cada momento al rostro de la señora

Mardonnet vapores y olas de sangre que no hallaban cabida en su oprimido cuerpo. Sus ojos rasgados, cuyas pupilas azules y profundas había cristalizado la edad robándoles calor, aún atraían alguna vez con los dulces parpadeos juveniles, coqueterías y languideces.

La señora Mardonnet había escrito una serie de obras consagradas á ensalzar las glorias de la mujer, trataditos, cartillas, compendios, el código y el uso reglamentado, la escuela y la educación del pensamiento femenino, de sus ideales, de su beatitud; algo así como guías del sentimentalismo, escritas en estilo *ad hoc*, estrapajoso, tierno y fátuo, mezcla de Genlis y Santa Teresa, picado á un tiempo de místico sensualismo y de quietísimo feneloniano. Estos libros de la señora Mardonnet habían tenido tanta salida como las obras obscenas y los folletos políticos anónimos. Francia y Europa entera, las ofrecieron á las niñas. El éxito, la venta en aumento siempre, unidos á los premios que la Academia concedía casi todos los años á la señora Mardonnet, en la sección de *Obras útiles á las costumbres*, proporcionaban lo bastante para vivir desahogadamente y sufragar los gastos de una elegante habitación, tertulias, helados y librea todos los jueves. Las tertulias del jueves daban tono al carácter social de la señora de Mardonnet; siendo el gasto mayor de su casa, eran también el medio

mejor de ganar influencias, de lucir su nombre, sus libros y su especialidad.

La señora de Mardonnet, sin levantarse, ofreció á la inglesa, un apretón de manos á los dos recienvenidos y reanudó su diálogo con un caballero de patillas rubias. el cual ofrecía un volumen tratando de la educación de las jóvenes en el siglo XVII, refundido, anotado, apropiado y dispuesto para todas las conveniencias delicadas y desconocidas, para todas las aspiraciones nuevas y honradas, para todas las exigencias sociales, para el progreso psíquico de la niña moderna, de la niña del siglo XIX.

Había terminado el concierto. Hombres y mujeres, formando parejas, hablaban sin cesar, y en el salón grande y en el pequeño, resonaba un murmullo de conversaciones íntimas, en una parte serias, en otras rientes; aquí fáciles como un discurso, allá entrecortadas por los coqueteos de un abanico. Un perfume de confianza daba calor á las frases, porque no tenía la sociedad amable de la señora Mardonnet los inconvenientes del mundo oficial: un campo de mujeres á la derecha, un ejército de hombres á la izquierda, y de pronto el más atrevido, erguido y crispado por su audacia, se aproxima á una señora, le dirige dos ó tres frases, y vuelve precipitado á colocarse entre los suyos que le rodean, como á un héroe con el silencio de

admiración. Todos hacen su gusto en casa de la señora de Mardonnet; nadie, ni siquiera un hombre, se halla cohibido por imposiciones del sexo; ninguna mujer, ni la más niña, se halla molesta por su edad. Reinaba en aquel salón todo el atractivo, el agrado insinuante y comunicativa confianza que solamente dan á las relaciones y entretenimientos de sociedad algunas mujeres que convinimos en llamar *hombrunas*, mujeres deliciosas y discretas, que, sin prescindir de sus encantos femeniles, llegan á parecernos camaradas y amigos, y que, librándose con la franqueza de su carácter, de las convenciones, de las mentiras, de las pequeñeces, de los visajes y de los prejuicios de su sexo, dicen lo que piensan; ríen cuando están alegres, usan las palabras y toman las posturas que les parecen bien, y se producen con suma naturalidad, mostrándose ingenuamente como son, á todo el mundo. Un honrado burgués que llevase á su hija, estuviera sin duda muy alarmado en el salón de la señora Mardonnet, con las francas alegrías, la familiaridad y el abandono de las actitudes, los gestos, el tono, las mil pequeñeces proscritas en absoluto por la tradición y la educación de la familia. Y, sin embargo, ese mundo, á pesar de sus apariencias y sus facilidades, no es moralmente inferior al otro mundo, en el cual no contestan las jóvenes más que con monosílabos y las mujeres

bailan sólo con los caballeros autorizados por el marido; pesáranse las inconveniencias del uno con las del otro y los juzgadores temerarios vieran con asombro quedar las agujas en el fiel de la balanza.

Un salón así es acaso el único en que puede aclimatarse un escritor. Al salir de la concepción y el ensueño de una obra quiere pisar tierra firme, conocer mujeres que no se disfracen de ángeles, ingenios alegres, oídos que no se asusten de niñerías. Necesita poder hablar con libertad para recreo de su imaginación. Las comedias monótonas de formulismos y disimulos que se juzgan convenientes y el *canto* burgués, le aburren como un baile de figuras. Hay en las mentiras los puritanismos y las inocencias de la sociedad, algo que no juzga tolerable, convenciones que hieren su conciencia de autor y su orgullo de observador. No teniendo gusto ni espacio para insignificantes atenciones, deja tranquilamente á otros el oficio de hacer antesalas durante un invierno entero á la intimidad de una señora para conseguir al fin hablarla; y como para él no tiene la sociedad otra distracción que un cambio constante de ideas, pide á la que se halla por ventura junto á él en un salón, que hable como hablaría un compañero de viaje. Las amigas de la señora de Mardonnet satisfacían todas estas exigencias que tiene un escritor cuando

se pone una levita y unos guantes. Todas ó casi todas, mujeres de artistas, poetas, músicos, pintores y escultores, tenían aspecto bondadoso, modales desenvueltos, familiaridad atractiva. Acostumbradas á la profesión, á los amigos, á la manera de hablar de sus hombres, usaban de vez en cuando expresiones, palabras, giros en jerga de bastidores, de talleres, de redacciones. Una modista hubiese observado en aquel salón otra cosa muy particular: cada vestido, cada peinado tenían carácter propio, y no eran los del mundo burgués, ni los del mundo galante, ni los de las provincianas en París, ni los del gran mundo; eran originales y excéntricos, acusaban el capricho y la fantasía individual, y tenían, sobre todo, un sello de cosmopolitismo.

La señora de Mardonnet vió interrumpido su diálogo con el señor de las patillas rubias, por una joven que se refugió á su lado como asustada.

—¿Qué tiene usted, amiga mía?—dijo la señora de Mardonnet á la hermosa morena, separada recientemente de su marido.

—¡Oh! Cosas del señor Nachette... ¡Un hombre insoportable! Hace media hora que me atormenta refiriéndome lo que, según dice, mi marido le contaba.

—Ya castigaremos á Nachette, amiga mía.—Y al volverse, hallóse con un buen mozo rubicundo,

cuya especialidad literaria consistía en colgarse de los faldones de la levita de un amigo para entrar en todas partes, y en asistir á los entierros para hacer amistades. La señora de Mardonnet, contestando á sus humildes reverencias, notó que las conversaciones languidecían y que se agotaba el encanto. El «proverbio» que había prometido á sus invitados, no se representaba por estar con jaqueca una de las personas que debían hacerlo.

El salón iba enfriándose poco á poco.

—¡Oh!—dijo de pronto, levantándose.—¿Quieren ustedes aburrirse? Pues no consiento que nadie se aburra en mi casa. ¡No es posible! ¿Qué dirían de mí? Tenemos hombres de imaginación .. garantizados. ¿No ha de ocurrírseles una idea? A ver, caballeros... Los cómicos antiguos de la comedia italiana, improvisaban sus papeles, dándoles un asunto... Ustedes harán lo mismo para divertir á este público. Señoras: ¿Quieren ayudarme a inventar un asunto? Los caballeros lo desarrollarán ingeniosamente... ¡Ah! El autor, podrá disponer de todos los personajes que necesite.

En un rincón, formóse un pequeño conciliábulo de mujeres, y después de bastantes cuchicheos:

—¡Ya está!—dijo la señora de Mardonnet—se trata de una comedia, charada, sainete, lo que ustedes elijan... acerca de ustedes mismos. Nuestro

asunto es: *Un escritor*... Aprisa: los nombres de todos; á un sombrero.

—Salió el papel donde habían escrito el nombre de Demailly.

—Tiene usted quince minutos para hacer acopio de ingenio—dijo la señora de Mardonnet.—¿Qué necesita?

—Una caja grande, Florissac y Bourniche.

—Concedido. Hay una caja y disfraces de mi último baile. Pídanlo todo á José.

Pasaron diez minutos: la puerta del salón abrióse de par en par y los tres hombres hicieron su entrada solemne.

Bourniche, sirviéndose de la caja como de un tambor, improvisaba la apoteosis de Dumersan,—conducido á la inmortalidad por un genio y Bobeche—Sinfonía á toda orquesta.

Florissac, vestido con un casacón rayado, el sombrero de alas anchas metido hasto el cogote, y una mariposa balanceándose, pendiente de un alambre, sobre su nariz, parecía un Antino, envuelto en una tela de colchón.

Demailly, avanzaba envuelto en la dignidad soberana de un Fontanarose cubierto de lentejuelas.

Bourniche, sentado en el suelo, arrimándose al diván redondo que ocupaba el centro del salón, pasó las piernas por encima de la caja.

Florissac y Demailly se pusieron frente á frente de rodillas en el diván.

—Señoras y caballeros—gritó Demailly imitando la entonación de un saltimbanquis de feria—fantasistas y realistas: y vosotras ¡ideales mujeres!: para tener el honor de divertirnos, tendremos el de agradaros con una grrrran representación del famoso *Catecismo del escritor*. ¡Fragmento á dos voces! ¡Improvisado y nuevo! ¡Escrito sin luz, por un hombre de fama europea!... ¡Es mío, señores! y de este imbécil Mercurio. ¡Saluda, Mercurio!... ¡Y adelante con la música!

Bourniche tocaba por debajo de la pierna los tres primeros compases de la célebre romanza: *¡Bum, zim, bum!* cuya melodía sirvió de acompañamiento á la farsa.

—Mercurio,—dijo Demailly á Florissac,—levanta la cortina.

Florissac sacó el pañuelo para sonarse.

—¿Has levantado la cortina, Mercurio?

—¡Burgués!—dijo Florissac.

—¿Podrías decirme lo que significa la palabra *literatura?*

—Una industria de lujo.

—¡Mercurio!

—¡Burgués!

—¿Podrías decirme lo que opinaban tus padres acerca de la literatura?

—Su opinión era un puntapié tremendo en... mi vocación.

—¿Mercurio?

—¡Burgués!

—¿Podrías decirme qué cosa es la Academia?

—La inmortalidad en primera instancia.

—¿Y la posteridad?

—Algo así, como el tribunal supremo...

—¿Cómo te representas á un literato?

—Como un hombre que hace juegos malavares con las veinticuatro letras del alfabeto.

—¿Mercurio?

—¡Burgués!

—Dí á este amable concurso qué síntomas presenta un literato.

—No tiene camisa ni hogar.

—¿Y si es célebre?

—Va mucha gente á su entierro.

—¿Mercurio?

—¡Burgués!

—Dime, ¿sabes qué cosa es un editor?

—El monte de piedad para los manuscritos.

—¿Y un poeta?

—Es un hombre que sube á una estrella con escala de cuerda y tocando el violín.

—¿Y la crítica, Mercurio, qué te parece la crítica?

—La mordaza de la opinión.

—¿Y un autor cómico?

—La codicia de chistes ajenos.

—Vamos á terminar Mercurio. ¿Qué piensas de la novela?

—¡Es un cuento de niños, para los que no son ya niños.

—¿Y del periódico?

—Unos céntimos de historia en un cucurucho de papel.

—¿Y del periodista?

—El periodista es un literato... por horas.

—Y el público, dime ¿qué significa la palabra público?

—El que paga.

—¿Mercurio?

—¿No acabaste?

—Pidamos una taza de té.

—Sí, sí.

Rieron, aplaudieron; á la señora Mardonnet le pareció excelente la farsa, felicitando por su invención á Demailly, al cual cada señora le ofrecía una taza de té.

Aprovechando las confusiones el buen mozo rubicundo, se dispuso á salir, diciéndole al oído á Couturat:

—Discúlpeme con la señora Mardonnet... No puedo entretenerme... Voy á escribir con todo eso mi correspondencia para un diario belga.

A la una, Demailly salía con sus amigos de casa de la señora Mardonnet. Couturat iba despertando á los cocheros que dormían en los pescantes, diciéndoles á voces:

—¡Cochero! ¡A prisa!

—Pero ¿nos retiraremos tan pronto?—dijo Nachette.

—Vamos al baile de la Opera: un pretexto para cenar.

XIV.

Demailly, Couturat y Nachette, se paseaban por el vestíbulo. A la segunda vuelta, Nachette desapareció del brazo de una mujer cuya careta le cubría en absoluto el rostro.

—Todas me aburren,—dijo Couturat,—porque las conozco á todas.

Una, cubierta con dominó, acercóse á él.

—¿Quieres intrigarme? No me opongo. Empieza ya; dame broma... Luisa... ¿Lo ves, Demailly? No hay nada tan estúpido como venir á estos bailes conociendo á estas mujeres... Preferiría no conocer á ninguna... No; te aseguro que no me divierte venir á recitar el calendario... Comprende; no es muy entretenido... Adiós... adiós...

Y Couturat iba saludando á todas las mujeres.

—¡Calla! Veo una que no conozco... ¡No la co-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

nozco!... ¡Sería una suerte hallar al fin alguna que no sepa yo quién es!

Y Couturat, abriéndose paso, avanzaba rápidamente hacia una rubia, junto á la cual estaba sentado un joven.

Couturat la miró á los ojos con fijeza y luego, acercándose más, junto á la mejilla de la mujer, pronunció apenas este nombre:

—Herminia.

Extremecióse la mujer bajo su disfraz.

—¡Hola! ¿Te dedicas á los párvulos ahora? ¿De qué te vale un mocito así?

—Tendrá dos millones, amigo mío.

—¿De quién?

—De una tía.

—Y entre tanto ¿qué hace?

—Me adora.

—¿No le presentas á tus amigos?

—¡Imposible!... Aparta... Es celoso como un viejo. Por favor, déjame. Si adivinase... Me toma por mujer honrada.

—No quiero molestar, mascarita.

Y Couturat saludó respetuosamente.

—¡Ya lo ves!—dijo á Demailly.—La conozco... Figúrate... Ni ella ni yo teníamos entonces para hacer cantar á un ciego. Un día, 24 de Diciembre, nos metimos á oir un sermón en una iglesia, porque había felpudos...

—¡Couturat! ¡Couturat! He de hablarte... Dos minutos nada más...

Y cogiéndole de un brazo la mujer que le llamaba, le arrastró á un palco.

Demailly, solo, dando paseos por la sala, descubrió á Girourt, en traje de labriego, sentado; la cabeza hundida entre los hombros y la mirada turbia, con los tirantes en cruz sobre la camisa blanca, parecía un fardo sujeto con dos correas.

—Aquí estoy, Demailly, como siempre...

—Anímese, levántese...

—Usted viene vestido como una persona, yo estoy reventando con estos calzones... Y no puedo moverme... Vine para ver el bullicio desde arriba... Pero no puedo subir... ¿Para qué han hecho escaleras?... Yo solo, ¡imposible!... Arriba se divierten comiendo naranjas... ¿Le sorprende á usted mi traje?... Labriego de la Selva-Negra... ¿Irá usted este verano? Seremos cinco... á pie... Riquísimo... kirsch... cerveza... excelente! ¿Quiere usted que subamos?

Carlos había cogido á Girourt del brazo y lo remolcaba con dificultad.

—¡Qué cosa más tonta!... Me dan temblores en las piernas,—decía Girourt agarrándose á Carlos. —Me fastidia no saber donde piso... Sentado estoy mejor... Pero... un instante... Detengámonos aquí para que yo respire... ¡He regañado con Eli-

sa!... Esta noche, amigo mío, tomamos un coche y subí al pescante para respirar mejor... El cochero hablaba... Yo le dije: ¡No hables!... Y siguió hablando... Me parecía mal que me fuese dando conversación el cochero... No por mí; á mí no me importa... pero las conveniencias sociales... Al fin, aquel bruto acabó dándole un latigazo á mi querida, que iba dentro del coche... No importa... era un insolente aquel cochero. A mí... después de todo... las mujeres... ¡Oh!. ¡las mujeres!... Yo le dije al cochero que hay dos clases de policía... la policía física y la policía moral...

Carlos pudo al fin sentar á Girourt en un palco del cuarto piso. Girourt se puso de bruces sobre la barandilla; Carlos apoyó su cabeza en una mano y los dos estuvieron así, bastante rato, contemplando en silencio la sala de baile.

Sobre sus cabezas, en el techo, aparecían confusamente las pinturas borrosas; un manto de púrpura, un desnudo sonrosado, un torso de diosa; debajo, á sus pies, el brillo deslumbrador de las arañas encendidas; guirnaldas de oro, de cristal y de follaje, y en los palcos, destacándose del fondo rojo, las corbatas blancas, los rostros enardecidos; la sombra de mujeres encapuchadas, asomando entre sus negras envolturas las manos con guante blanco; abajo, en el salón, hombres y mujeres, codeándose y estrujándose; mezclando en confuso

tropel todos los colores y todas las formas; blanco, rojo, azul, amarillo, plumas, cascos, flores, descotes, piedras falsas y sombreros; un mar de reflejos turbios y oscilantes; brazos que se levantan, vestidos que se pisan, pechos que se oprimen, tropiezos, bulla... Y en la orquesta dominando el metal ensordecedor; murmullos y gritos, carcajadas y cánticos; pies que se buscan y manos que se oprimen; la noche del sábado en un aquelarre y el arco iris en un día de primavera, todo sube á sus ojos y á sus oídos: luces, murmullos, vapores, el ambiente pesado y el aliento perturvador y tibio de una bacanal.

—¡Hermoso, muy hermoso!—dijo Girourt, como si aquel vértigo le hubiese despejado la cabeza.—¡Hermoso!... Hacer esto, esta impresión, esas confusiones de luces y masas en un dibujo! ¡Un dibujo endemoniado! ¿Lo concibe usted, Demailly? Movido, brillante, revuelto, donde se hicieran sentir la música y el frenesí del baile! Y sobre la confusión del fondo, notas muy salientes, como ese traje de seda pajiza; verdaderos chispazos ¡pan! ¡pan! ¡pan!

Y con el pulgar de la mano derecha gesticulaba, como si estuviese dando en una tela imaginaria, los primeros tonos de color.

—¡Y pensar que tantas cosas morirán, morirán, amigo mío, sin que un hombre pueda salvarlas!...

Todo el movimiento de nuestra vida moderna... Yo intentaría... Si no me absorbiera ese maldito periódico... Cuando yo me siento cobarde... ¡Vaya! Demailly, usted sin duda piensa... ¿por qué bebe tanto Girourt? Y si usted no lo piensa, otros lo dicen... Pues bien; Girourt bebe, porque me irrita sentir y no poder... Veo cosas... ¡imposible llegar á ellas!... Me sucede, como hace un rato, cuando no podía subir por la escalera... Voluntad, sí; quisiera poder y... ¡nada!... Bebiendo me distraigo... Sí; es muy hermoso... ¡muy hermoso lo que miro!...

A los dos minutos, Girourt dormía. Carlos bajó á la sala dejándole abandonado á sus ensueños; Couturat le aguardaba, y cogidos del brazo recorrían los pasillos del piso principal, cuando Nachette, malhumorado, se acercó á ellos.

—Pisaste una mala hierba,—le dijo Couturat.—¿Diste con alguna mujer honrada?

—Excesivamente honrada. Era la Raisin.

—¡Ah!... ¡Ah!...—dijo Couturat,—estoy seguro de que Demailly no sabe...

—Nada sé,—dijo Demailly.—¿De quién estáis hablando?

—La Raisin es una judía,—dijo Nachette,—que ha bautizado á su hija, y la quiere. Se confesaría públicamente para darle gusto... Figúrate, una vendedora de muebles, pero ¡muy cuca! Tuvo una idea feliz. Vamos á su casa tú ó yo... Generalmente, ni tú ni yo; va una mujer á su casa y la recibe en un gabinete muy bien alhajado... «¡Ah, qué precioso! ¡Me gusta mucho; tan elegante!»... «Sí,—dice la Raisin;—me cuesta muy caro. Pero yo puedo poner otros muebles, gustándole á usted éstos... Me firma unos pagarés y...» ¡Un estupendo negocio!... Yo la intrigaba... necesito sus muebles... necesito una casa puesta con gusto, y llego, precisamente, cuando la Raisin ya no quiere vender la suya... ¡Claro! No le inspiro confianza, mi firma no tiene crédito...Vamos á cenar... El baile es innoble.

XV

Llegados al barrio Monmartre, los dos amigos entraron por una puerta sobre la cual se leía la palabra Vachette escrita en un farol, puesto allí entre dos angelotes de yeso; y tropezaron al entrar, con un pinche que abría ostras furiosamente, sin descanso.

Los mozos bajaban y subían con rapidez, gritando sus avisos:—*¡Para el 4!... ¡Para el 9!* mientras en las entrañas del muro resonaba incesante, como si lo mugiese un toro á la oreja de una cocina enterrada viva, el encargo eterno de un monstruo de trescientas bocas.

—Iré delante para guiaros,—dijo Couturat, abriéndose camino en el gran salón del restaurant.

Estaban llenas todas las mesas. El calor del gas, el humo de los cigarros, el olor de la comida, los vapores del vino, las detonaciones del champagne, el choque vibrante de las copas, el ruído seco de los platos, las risas, las voces, los gritos, los corsés reventando, las posturas libres, los ojos alegres, las confianzas, los tropezones, los rostros encendidos, los trajes deshechos, las camisas arrugadas, las flores marchitas, los pierrots desteñidos, los osos medio transformados en hombres, las pastoras de los Alpes con pantalón negro; uno que se duerme con la nariz metida en la copa; un consejero de estado que toca una marcha con dos cuchillos; un salvaje que cuenta á un camarero la historia del ministerio Martignac... Todo indicaba la hora: las cinco de la mañana.

Cuando entraron, había mucho barullo en el extremo de la sala. Tres jóvenes alegres, rogaban—con las manos—á una mujer vestida con dominó, que se quitara la careta.

—¡No descubrirla!—dijo uno desde el fondo de su túnica parda. Tal vez está cerca su marido, y no quiere que la reconozca.

—¡Vaya!—dijo Couturat,—me parece la voz de...

—¡De Mollandeux!

Al acercarse, vieron á Mollandeux vestido de fraile.

¡Hola!

—¡El mismo!

—¿Tú?

—¡Yó!—Sentaos.

—¿Vienes del baile?

—¡Jamás!

—¿Dónde tomaste los hábitos frailunos?

—En el ropero de las caducas instituciones francesas... ¡Mozo!... ¡Mujeres!... ¡Caballero!... ¡Ah, caballero—¿qué medita usted?... ¡Cómo! ¿Pegan á las mujeres?... Ven aquí, salvaje; y piensa que si hallaran las obras de Menandro, sabríamos algo de comedias... Me dirás: «Tenemos á Scribe»... Adivino tu respuesta... ¡Ni una palabra!... ¡Caballeros! ¿Qué será en el porvenir la gracia francesa? Nosotros agotamos los últimos racimos... Cuando hay en un país una cosa que se llama Academia de ciencias morales y políticas... ¡Bebo á la salud de nuestros hijos naturales!... Señora... señora... Deme usted su ramo... Siento ansia de besar una rosa artificial... ¿Quién dice que soy gracioso?... ¡Imbécil!... ¡Soy... así!... Figuraos á Fany... ¿Has leído cuentos de hadas, monísima? Hubo una vez un diario que se llamaba *La Asamblea Nacional*... Guizot escribía en él con seudónimo: Fiennes... y no le descubrieron jamás... Pues bien; había en la redacción un cuadro sinóptico... Sinóptico, Julia... Pudo no serlo, pero lo era. ¡Era sinóptico!... Hay

palabras que no se usan en las novelas por entregas... ¡Caballeros!... vean ustedes los globos de alabastro de la señorita: no me permite que les dé su verdadero nombre. ¡Corina! No te corrompe la moral de Champfort... ¡eso me gusta! Vives en la calle de la Mariposa y zurces chales de cachemira... ¡eres un ángel!... ¡Camarero... camarero... echa... el cerrojo! No está en la lista, pero lo encontrarás en todas las novelas de Crébillon, hijo. ¡Estúpido!... nació sobre las ruínas de la Bastilla!

Mollandeux, tomó aliento mientras bebía dos copas de borgoña. Todo el mundo le admiraba; los hombres ríendo, las mujeres devorándole con los ojos. Demailly, á su lado, le servía el vino. Couturat iba de mesa en mesa mortificando con sus indiscreciones á las mujeres, hablándoles al oído y saludando á los nuevos amantes.

—Tu hermano me limpió las botas á la entrada del baile... No hiciste nada para educar á esa criatura: ¡mira mis botas!—decía Nachette á una máscara junto á la cual fué á sentarse, viéndola sola, y que le volvió la espalda, mordiendo con ira un pañuelo de fino encaje.

—¡Ah, señores!—dijo Mollandeux levantándose,—¿qué es la vida, *vita*, en latín? ¿Quieren ustedes que les recite á Byron? La vida, una interminable cadena de sufrimientos... un valle de lágrimas!... Se pierden los paraguas... las personas queridas... y el crédito de los abastecedores... Yo tuve un amigo que me componía las botas... ¡y lo perdí! ¡lo enterré!... y ando con las botas agujereadas...! Un hombre se casa, en la flor de su juventud, con una mujer que no le comprende... Y nacen hijos... y más hijos... Y le salen canas... y barriga... ¡Y revienta! *¡De profundis!*

Acabando, Mollandeux golpeaba con un cuchillo una botella vacía...

....

.....

En el boulevard:

—¿Vamos?—dice una voz.

—¿A qué?

—A tomar una sopita de cebolla.

Esta invitación los dispersó, tomando cada cual el camino de su casa por calles desiertas, donde resuenan los pasos, á través de la villa soñolienta y cansada, el París de noche, inmóvil y mudo bajo la luna, muerto misteriosamente como una Pompeya custodiada por guardias municipales.

XVI

Llegando á su casa, Demailly acercóse al fuego y encendió un cigarro; tomando un libro con cierre de llave que había sobre la mesa, escribió tres ó cuatro líneas y se puso á hojearlo mientras fu-

maba. Este libro llevaba en la primera hoja un rótulo: *Memorias de mi vida muerta.*

Por un fenómeno debido al refinamiento intelectual, transportamos la sensación física al *sensorium* moral, atribuyendo á los sentidos del alma las percepciones delicadas que un salvaje atribuye al oído, al tacto, á un sentido cualquiera del cuerpo. Carlos Demailly era un lamentable y extremado ejemplo de tales errores. Naturaleza delicada y enfermiza, originario de una familia donde se habían cruzado las delicadezas enfermizas de dos razas, de las cuales él era el último vástago; poseía exageradamente, hasta un punto supremo, el tacto sensitivo de la impresionabilidad. Había en Carlos una percepción aguda, casi dolorosa, de todas las cosas de la vida. En todas partes influían sobre su naturaleza, como un ambiente, los sentimientos de las gentes que le rodeaban. A veces el corazón se le oprimía ó se le desgarraba entre personas que le recibían con la sonrisa en los labios. En el silencio, sentía las ideas de su querida; sentía en el aire la hostilidad de sus amigos; las buenas y las malas noticias las adivinaba en el andar, en la voz, en algo imperceptible, mal disimulado por el que las traía. Y todas esas percepciones interiores eran de tal modo en él, pensamiento y presentimiento, que, procediendo siempre de los sentidos, heríanle antes de que despertara su observación. Una mirada, un timbre de voz, un gesto, le revelaban lo que para todos los demás era un secreto. Por eso envidiaba de todo corazón á los bienaventurados que pasan á través de la vida, de la amistad, del amor, de las relaciones con hombres y mujeres, sin ver nada más que la superficie de las cosas, lo que francamente se revela; y andan por el mundo acompañados por una ilusión que nunca los abandona.

Lo que afecta poco á la mayoría, los objetos inanimados, revelaban á Demailly su naturaleza desconocida; con él hablaban y palpaban como las personas; para él tenían voluntad y esa condición de carácter que produce simpatías ó antipatías. Los átomos invisibles, las almas de los objetos, entre los cuales viven los hombres, hallaban eco en el alma de Carlos. Un mueble, una casa, eran sus amigos ó sus enemigos. Una copa desagradable no le permitía saborear un vino delicioso. Una insignificancia, una forma, el color de un papel ó la tela de un mueble, le impresionaban mal ó bien, modificando las disposiciones de su humor por las mil modulaciones de la sensación percibida. Su placer no era nunca duradero. Carlos necesitaba un conjunto demasiado completo, una perfecta armonía entre las criaturas y los objetos que las rodeaban. Sus encantos desaparecían al menor soplo: una nota falsa en una ópera ó en un senti-

miento, la proximidad de alguien que le desagradara, un mozo de café desapacible, bastaban para curarle de un capricho, de una expansión, de un apetito.

Esta sensitividad nerviosa, esta sacudida constante de las impresiones, desagradables en su mayoría, y repugnando más veces que acariciando, las delicadezas íntimas de Demailly le habían hecho melancólico. No melancólico triste, con amargas frases como un libro, melancólico dulce como un hombre de ingenio y de mundo. La ironía era su diversión y su consuelo; una ironía tan fina y velada que, muchas veces, él solo estaba en el secreto de su risa interior.

Carlos no tenía más que un amor y una fe: la literatura. Era su vida, su alma. Se había consagrado por entero á la literatura, enterrando sus pasiones, la fiebre de su temperamento, bajo frías apariencias.

En lo demás, Carlos era un hombre como los otros. No carecía de la individualidad y del egoismo de los escritores, de las fáciles decepciones del hombre de imaginación, de las inconstancias, en afectos y gustos, ni de las brusquedades y cambios. Era débil. Necesitaba prepararse para una resolución vigorosa ó violenta, excitándose y arrastrándose á sí mismo.

¿Las energías físicas forman el carácter del hombre? ¿Las cualidades morales y espirituales, no serán, ¡oh miseria! más que desarrollos ó estados morbíficos de un órgano? Carlos debía tal vez su carácter y sus languideces, como sus pasiones, á su temperamento ó su naturaleza enfermiza. Quizá también provenía de la misma causa el secreto de su talento, ese talento nervioso, raro, exquisito en la observación, siempre artístico, pero desigual, lleno de sobresaltos, é incapaz de conseguir el reposo, el aplomado equilibrio de toda obra sinceramente grande y bella.

Carlos Demailly, se confesó á sí mismo, en el diario de su alma, que su mano, sus ojos y su pensamiento, recorrían, posándose, á la casualidad, en algunas páginas...

XVII

«...El placer más alto me lanzó al hastío más profundo. Estoy mal organizado; me fatigo en seguida. Las alegrías bulliciosas abaten mi alma; los goces consumen todo mi sér; postración y disgusto de lo que deseaba, tristeza, informe, ténue, sin límites. Mi cuerpo y mi espíritu desfallecen. Pasados los ardores, la saciedad aborrecible, una indigestión moral, un vacío... un jarro de agua sobre la cabeza...

«*Febrero, 7:* Vendo á un editor mi primer li-